

Los Libros

ANIMO PARA SIEMPRE, poemas de *Alberto Baeza Flores*.—(Talleres Gráficos Longino. Santiago, 1938).

En su *Animo para siempre*, segundo libro de Alberto Baeza Flores, la inquietud de savia social y política exprime su líquido apasionante y se mantiene vigilante y vivamente despierta. Reducida a sucesos nacionales y extendida a fenómenos ecuménicos actuales, Baeza Flores frente al problema que al mundo le plantea disyuntivas tan dramáticas y ásperas, se filia situándose en una de las soluciones vigentes. Y su fe es enérgica y decidida. Porque se ha diafanizado su pensamiento y lo que en su primer libro era sólo un confuso acercarse o, una aproximación tímida y todavía resolviéndose, en *Animo para siempre*, se transforma y esa proclividad simpatizante, se traduce en objetivo total y unitario. No es ya un aspecto, ni un ángulo ni una manifestación aislada producida por un suceso momentáneo o permanente que logra suscitar una reacción penetrante, pero de edad mínima, sino un encuentro del sentido de la vida, el hallazgo de una definición en la cual pueda estar desenvolviéndose el hombre. Es, pues, la canalización de sus aspiraciones, la clarificación de su pensamiento y el triunfo de haber alcanzado una dirección y una disciplina, porque «el vacilar está bien para cuando los hombres no hacen falta».

Hay un ritmo beligerante y el sosiego de la esperanza en este *Animo para siempre*. Palabras de admonición, de castigo

y de repudio. Un impulso conscientemente organizado contra alguna podredumbre considerada ejemplar. Asco para ciertas malignas fuerzas existentes y dulzura crecida para abrigar la esperanza y su ala de extraordinaria capacidad nutritiva; su ala que no cobija como una seguridad maternal, sino que arrastra con aventura y riesgo.

Pero esta es una esperanza cimentada. O lógica. Todas tienen cimiento y razón, es verdad. Y esta también. Pero se basa en el aliento de pechos innumerables, en la esperanza profunda de sociedades de ánimos. Es una suma de esperanzas. Porque Baeza Flores al cantar, interpreta voluntades de otros hombres. Capta sentires ajenos. Expresa deseos multitudinarios. No es indispensable evitara su lado para comprender la limpieza con que lo hace. Y la intensidad.

Intenso, es cierto, aunque frondoso, como algunos árboles. De grandes ramajes, pero también de frutos grávidos. Sería preferible, sí, menos follaje y menos sombra. Esta poesía necesita más transparencia. Tiene un destino y el se cumple mejor con mayor humildad. O simplicidad.

Tono de arenga o discurso, a menudo, de tan largos períodos que la respiración se trunca o se duerme. Tono solamente. Porque su intensidad es de mediodía, su intensidad, pero es frecuentemente nocturna en su lenguaje. Sólo ojos avizores y de costumbre en la vigilia pueden ver su figura de tanta sombra, sólo oídos experimentados pueden escuchar el canto de su paso enigmático, aunque sus huellas son claras y orientan con facilidad hacia el remanso intranquilo, aunque el eco es también perceptible en su función de sonido. Siempre, siempre con un perfil hondo. Y cogitativo.

Evidentemente esto, es efectivo en la parte que, personalmente, más nos satisface en la poesía de Alberto Baeza Flores. Pero también es comprobable que no toda ella está sujeta a la misma órbita. Porque la claridad directa, precisa, también desparrama sus elementos iluminatorios y el lenguaje se hace

cotidiano sin perder su volumen poético. Existe esta dualidad en la poesía de Alberto Baeza Flores o en el poeta. Claridad y sombra en Baeza Flores para bien de su poesía y de la poesía chilena.—ARTURO TRONCOSO.



LA SIESTA DE LOS PECES, por *Antonio de Undurraga*.—Editorial Nascimento

En el ala izquierda del avance literario, se destaca el perfil definido y el ágil porte de don Antonio de Undurraga, joven poeta de Valparaíso. Este nombre que tiene resonancias heráldicas y reflejos blasonados y que parece corresponder a uno de esos Adelantados de la conquista española, expresiones máximas de virilidad, singulariza en las letras chilenas a un Adelantado de la conquista de esa Atlántida, más seductora y fascinadora que todas las otras, la del arte del porvenir. Los viejos capitanes ibéricos, templados como un acero puro en la lucha con océanos y montañas, ilustrados con las cintas y medallas de las cicatrices, oían la leyenda fabulosa del oro que simboliza todos los bienes y de las Fuentes de Juvencia que encienden el deseo eterno de gozarlos, y volvían a repechar las cumbres y abismarse en las selvas, «heroicamente flacos», hacia un fin quimérico, con una fe y una esperanza ciertas. La naturaleza salvaje y los hombres cobrizos, que se habían dormido en los remansos del tiempo, despertaban al rumor de espadas y arcabuces y se ponían a salvar con pasos de gigantes el panorama de los siglos. Los Adelantados, que habían perseguido el oro y la juventud eterna, dilataron el espacio conocido e incorporaron a la civilización, conciencia de la humanidad, hombres y continentes bárbaros.

Los adelantados de la poesía como don Antonio de Undurraga, que parten hacia la Atlántida misteriosa del arte futuro,